Un rayito de sol se coló por la cortina de la caravana.
Kuki abrió un ojo. Después, el otro.
¡Hoy tenía un día entero para jugar!



Kuki apartó la manta y se levantó de un salto.
En la pequeña mesa, mamá y papá preparaban el desayuno.
—¡Buenos días, dormilona!



La tostada hizo crac al primer mordisco.
—¿Qué te apetece hacer hoy? —preguntó papá.
Kuki pensó un momento.
—¡De todo!



Después de desayunar, Kuki bajó el escalón de la caravana.
Estaban en Camping Joan, en Cambrils.
Telma la esperaba fuera, con una toalla bajo el brazo.
—¡Vamos a buscar a las demás!



Mónica y Claudia llegaron saludando. Roma y Anita venían detrás.

¡Ya estaban las seis!

—¿Primero la piscina? —preguntó Kuki.

Cinco sonrisas le contestaron que sí.



Caminaron con sus familias entre las parcelas del camping.
Había caravanas, mesas y bicicletas descansando a la sombra.
Kuki miraba a un lado y a otro.
¡Cuántas casitas diferentes!



Al final del paseo apareció la piscina.
El agua brillaba con un montón de chispitas.
—¡Parece que alguien ha echado estrellas! —dijo Claudia.
Kuki dejó la toalla junto a la de Telma.



Se pusieron crema y se prepararon para el baño.
Mamá acompañó a Kuki por los escalones de la piscina.
Un pie. Otro pie.
—¡Uy, qué fresquita!



Mónica movió las manos bajo el agua.
Kuki la imitó, y después las demás.
Entre todas hicieron un pequeño mar de olitas.
—¡Hasta aquí ha llegado una! —rió Anita.



Roma lanzó una pelota a Telma. Telma se la pasó a Claudia.
Cuando llegó a Kuki, se le escapó entre los dedos.
¡Plaf!
La pelota flotó delante de su nariz.



Después del baño, Kuki se envolvió en la toalla.
Parecía un rollito con coleta.
—¡A comer! —llamó papá.
La barriga de Kuki respondió con un pequeño gruñido.



De vuelta en la caravana, compartieron la comida.
Kuki contó lo de las olitas y la pelota escurridiza.
Papá quiso saber quién se había reído más.
—¡Todas!



Al terminar, mamá empezó a recoger la mesa.
—Yo también ayudo —dijo Kuki.
Apiló los platos con cuidado y llevó las servilletas.
¡Ahora tocaba otra pequeña aventura!



Kuki y papá llevaron la vajilla a los fregaderos del camping.
Papá lavaba y Kuki aclaraba los platos.
En la esponja apareció una montaña de espuma.
—¡Esta nube sí se puede tocar!



Un poquito de espuma se quedó en la nariz de Kuki.
Papá se echó a reír y le acercó el paño.
Cuando acabaron, cerraron el grifo.
Los platos estaban limpios y Kuki sonreía orgullosa.



Más tarde, las amigas se reunieron en el recreativo.
Las máquinas hacían bip, bip y tenían botones de colores.
Anita señaló un juego.
—¡Probemos ese!



Kuki jugó mientras las demás la animaban.
Esta vez no consiguió ganar.
—¿Otra partida? —preguntó Mónica.
—¡Ahora te toca a ti!
Kuki ya estaba lista para aplaudirla.



Después fueron con sus familias a la playa.
Al llegar al paseo, Kuki vio el mar extendido hasta muy lejos.
Una ola se deshizo suavemente en la arena.
—¡Nos está saludando! —dijo Roma.



—¡Hagamos un castillo! —propuso Telma.
Kuki y Mónica llenaron los cubos. Anita preparó un camino.
Roma alisó las paredes y Claudia levantó una torre.
Había trabajo para las seis.



Cuando Kuki quitó su cubo, la torre se vino abajo.
Se quedó mirando el montoncito de arena.
—¡Con lo alta que iba a ser!
Claudia se sentó a su lado.



—Podemos hacerla otra vez —dijo Claudia—. Yo te ayudo.
Añadieron un poco de agua y apretaron la arena.
Kuki levantó el cubo despacito.
¡Esta vez la torre se quedó en pie!



Alrededor del castillo hicieron seis ventanitas.
—Una para cada una —dijo Anita.
Kuki miró aquella casa de arena y sonrió.
¡Hasta sus castillos tenían sitio para todas!



Recogieron los cubos y las palas antes de volver al camping.
—¿Y si vamos otra vez a la piscina? —preguntó Mónica.
Kuki levantó su toalla.
¡Todavía quedaban ganas de jugar!



De nuevo en el agua, jugaron a caminar como cangrejos.
Un pasito de lado. Otro pasito de lado.
Telma se equivocó y avanzó de frente.
—¡Este cangrejo va por su cuenta! —rió Kuki.



Después se secaron y se cambiaron de ropa.
A lo lejos empezó a sonar música.
Los monitores del camping las llamaron con la mano.
—¡Venid, que empezamos!



Los monitores levantaron los brazos y dieron una vuelta.
Kuki, Mónica, Telma, Anita, Roma y Claudia los siguieron.
Una palmada. Dos pasitos.
¡La música parecía meterse dentro de sus pies!



De pronto, la música se paró.
¡Había que quedarse como estatuas!
Kuki quedó con un brazo arriba y la boca abierta.
Roma intentó no reírse.
Lo intentó muchísimo.



Después jugaron a imitar animales.
Claudia hizo de pingüino y Anita movió los brazos como un pulpo.
Kuki eligió una rana.
¡Croac!
Las risas se oían por todo el corro.



Cuando terminaron los juegos, las seis juntaron las manos.
—¡Mañana más! —dijo Telma.
Las levantaron a la vez y soltaron una última carcajada.
Luego se despidieron de los monitores.



Kuki volvió a la caravana entre mamá y papá.
Las luces del camping brillaban en los caminos.
—¿Qué te ha gustado más? —preguntó mamá.
Kuki tardó un poquito en contestar.



—La piscina… El castillo… Bailar…
Ya en la cama, Kuki abrió los brazos.
—¡Todo! Porque lo hemos hecho juntos.
Mamá y papá se acercaron para darle un abrazo.



Fuera, el mar seguía haciendo su suave shhh.
Dentro, Kuki se acurrucó bajo la manta con una sonrisa.
Había sido un día lleno de alegría.
Y mañana la aventura volvería a empezar.

